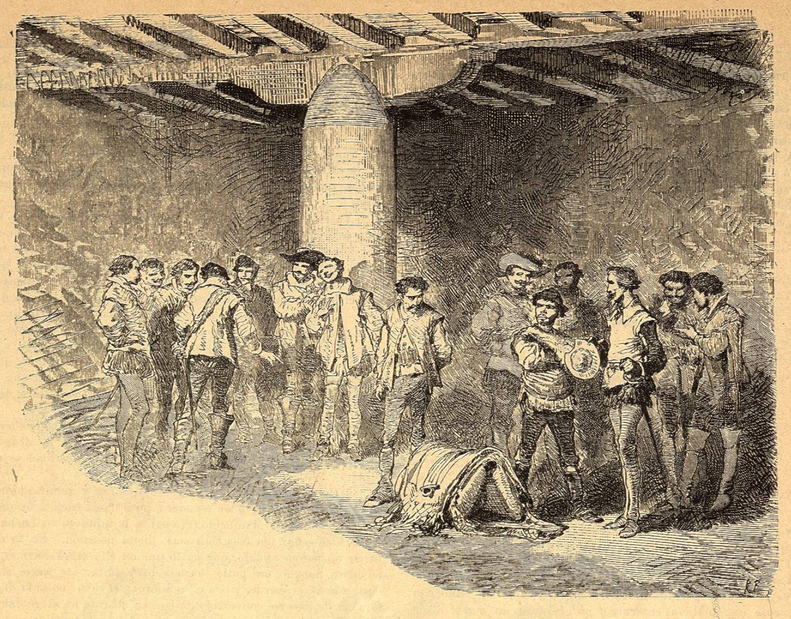

CAPÍTULO XLV

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

QUE les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfían que esta no es bacía, sino yelmo?

—Y quien lo contrario dijere, dijo Don Quijote, le haré yo conocer que miente si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro barbero, que á todo estaba presente, como tenía tan bien conocido el humor de Don Quijote, quiso esforzar su desatino, y llevar delante la burla para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero:

Señor barbero, ó quien sois, sabed que yo también soy de vuestro oficio, y tengo más de veinte años carta de examen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno, y ni más ni menos fuí un tiempo en mi mocedad soldado, y sé también qué es yelmo, y qué es morrión y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados, y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no sólo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo, como está lejos lo blanco de lo negro y la verdad de la mentira: también digo que este, aunque es yelmo, no es yelmo entero.

—No por cierto, dijo Don Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera.

—Así es, dijo el cura, que ya había entendido la intención de su amigo el barbero, y lo mismo confirmaron Cardenio, Don Fernando y sus camaradas; y aun el oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de Don Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las veras de lo que pensaba le tenían tan suspenso, que poco ó nada atendía á aquellos donaires.

—¡Válame Dios! dijo á esta sazón el barbero burlado, ¿qué es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía sino yelmo? Cosa parece esta que pueda poner en admiración á toda una universidad, por discreta que sea. Basta, si es que esta bacía es yelmo, también debe de ser está albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho.

—A mí albarda me parece, dijo Don Quijote, pero ya he dicho que en eso no me entrometo.

—De que sea albarda ó jaez, dijo el cura, no está en más de decirlo el señor Don Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja.

—Por Dios, señores míos, dijo Don Quijote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él me he alojado, me han sucedido, que no me atrevo á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por vía de encantamento.

La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros secuaces, y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber cómo ni cómo no vine á caer en aquella desgracia. Así que, ponerme yo ahora en cosa de tanta confusión á dar mi parecer, será caer en juicio temerario.

En lo que toca á lo que dicen que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva, sólo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes; quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no cómo á mí me parecían.

—No hay duda, respondió á esto Don Fernando, sino que el señor Don Quijote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la definición deste caso; y porque vaya con más fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia.

Para aquellos que la tenían del humor de Don Quijote, era todo esto materia de grandísima risa; pero para los que la ignoraban, les parecía el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de Don Luis, y á Don Luis ni más ni menos, y á otros tres pasajeros que acaso habían llegado á la venta, que tenían parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran.

Pero el que más se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le había vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le había de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reían de ver cómo andaba Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándoles al oído para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se había peleado; y después que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quijote conocían, dijo en alta voz:

—El caso es, buen hombre, que ya estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparte el decir que esta sea albarda de jumento,

sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y así habréis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno, este es jaez y no albarda, y vos habéis alegado y probado muy mal de vuestra parte.

—No la tenga yo en el cielo, dijo el pobre barbero, si todas vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece á mí albarda, y no jaez; pero allá van leyes..... y no digo más: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no.

No menos causaban risa las necedades que decía el barbero que los disparates de Don Quijote, el cual á esta sazón dijo:

—Aquí no hay más que hacer sino que cada uno tome lo que s suyo, y á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga. Uno de los cuatro dijo:

—Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son ó parecen todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacía, ni aquella albarda; más como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque voto á tal (y arrojóle redondo), que no me den á mí entender cuantos hoy viven en el mundo al revés de que ésta no es bacía de barbero, y ésta albarda de asno.

—Bien podría ser de borrica, dijo el cura.

—Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en eso sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habían entrado, que había oído la pendencia y cuestión, lleno de cólera y de enfado dijo:

—Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere debe de estar hecho uva.

—Mentís como bellaco villano, respondió don Quijote, y alzando el lanzón, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido: el lanzón se hizo pedazos en el suelo, y los demás cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad.

El ventero que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de D. Luis rodearon á Don Luis, porque con el alboroto no se les fuese: el barbero, viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: Don Quijote puso mano á su espada, y arremetió á los cuadrilleros: Don Luis daba voces á sus criados que le dejasen á él, y acorriesen á Don Quijote y á Cardenio y á Don Fernando, que todos favorecían á Don Quijote: el cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligía, Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa y Doña Clara desmayada.

El barbero aporreaba á Sancho, Sancho molía al barbero, Don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre; el oidor le defendía, Don Fernando tenía debajo de sus pies á un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor; el ventero tornó á reforzar la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre.

Y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á Don Quijote que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dijo con voz que atronaba la venta:

—Ténganse todos, todos envainen, todos se sosiegen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo:

—¿No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y qué alguna legión de demonios debe de habitar en él? En confirmación de lo cual, quiero que veáis por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí y transladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante.

Mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos y todos no nos entendemos: venga pues vuestra merced, señor oidor, y vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de rey Agramante y el otro de rey Sobrino, y póngannos en paz; ó porque por Dios todopoderoso, que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas.

Los cuadrilleros, que no entendían el frasis de Don Quijote, y se veían mal parados de Don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no que-

rían sosegarse: el barbero sí, porque en la pendencia tenía deshechas las barbas y el albarda: Sancho, á la más mínima voz de su amo obedeció como buen criado: los cuatro criados de Don Luis también se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba en no estarlo: sólo el ventero porfiaba en que se habían de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta.

Finalmente, el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el día del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginación de Don Quijote.

Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuación del oidor y del cura, volvieron los criados de Don Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos, y en tanto que él con ellos se avenía, el oidor comunicó con Don Fernando, Cardenio y el cura, qué debía hacer en aquel caso contándoselo con las razones que Don Luis le había dicho.

En fin, fué acordado que Don Fernando dijese á los criados de Don Luis quién él era, y cómo era su gusto que Don Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el marqués sería estimado como el valor de Don Luis merecía, porque desta manera se sabía de la intención de Don Luis que no volvería por aquella vez á los ojos de su padre, si le hiciesen pedazos.

Entendida pues de los cuatro la calidad de Don Fernando y la intención de Don Luis, determinaron entre ellos, que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á Don Luis y á no dejalle hasta que ellos volviesen por él ó viese lo que su padre les ordenaba.

Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino; pero viéndose el